

Julio UGARTE:
ODISEA EN CINCO TIEMPOS

Este es el título del que podríamos catalogar como último testimonio sobre la guerra peninsular de 1936. Su autor Don Julio Ugarte Vicuña, sacerdote donostiarra. La dedicatoria define políticamente al autor: “En memoria de don Manuel de Irujo a cuya insistencia machacona se debe este relato”. Su prosa galana alcanza 322 páginas bien nutridas, donde el autor ha condensado su experiencia dolorosa en las cárceles franquistas. Todo empieza en Amurrio, Alaba, en el verano del 36. Y termina (?) en marzo de 1944, al salir en libertad, en Madrid, con alguna ayuda del pasaitarra Angel de Olaciregui y el navarro José Fagoaga. El gran valor testimonial de esta obra es la detallada crónica de lo que ocurría en las prisiones, las miserias, el hambre y las humillaciones sobre 41 curas vascos que habían corrido la suerte varia de los gudarís. Las dotes de psicólogo de don Julio Ugarte están patentes al relatar las visitas de ciertas eminencias. Los traslados de penal en penal, de cárcel en cárcel. Y sobre todo el emocionante viaje hasta Carmona. Y comienza. el testimonio en el Dueso: “Los primeros días, cosa extraña en un penal, dormíamos con las celdas abiertas. Pero viendo que los de ‘asalto’ aprovechaban nuestro sueño para desvalijarnos, se impuso el régimen penitenciario normal”. Y luego el autor expone que el verdadero expolio lo llevaron a cabo los oficiales y guardianes con cacheos extrarreglamentarios en el patio y las celdas. A escoger lo requisado “...fueron entrando por orden jerárquico: jueces y auditores de primera fila...” etc. El acomodo en El Dueso había sido arduo. Los presos franquistas lo habían dejado como una pocilga. Dormían tres en una colchoneta con una sola manta puesta a lo ancho. Y otro en el enrejado de una cama vieja. La peregrinación de prisión en prisión continuó por Nanclares, Dueñas y Carmona descubre una galería de personajes y de sucesos, un desfile de gentes de cierto rango que, por obra y gracia de la presión atroz de la revuelta se mostraban desnudas de las buenas cualidades que ostentaban en tiempo normal. Los presos estaban sometidos a régimen de hambre, carencia de higiene, presión continua: brazos en alto, cantos obligatorios. Que para muchos era el preludio de la muerte. El drama de Besteiro no pudo ocultarse al mundo. “Besteiro sólo permaneció en Dueñas 23 días. Obligado a correr nuestra suerte y compartir nuestras culpas...”. La odisea del profesor don Julián Besteiro está descrita de mano maestra. Ya en Madrid: ...pudo darse la paradoja de unos presos pidiendo de cárcel en cárcel un metro

de tarima donde reclinar la cabeza, sin que ningún carcelero accediese. Y, de este modo, el pueblo de Madrid pudo contemplar, atónito, el ir y venir de dos camiones abiertos exhibiendo una extraña mercancía: catorce carmelitas, un pasionista y varias docenas de sacerdotes seculares, rodeando al expresidente de las Cortes Constituyentes Republicanas”. Al fin decidieron continuar el viaje a Carmona llevándolos a la estación del Mediodía. Se quedaron sin vigilancia durante horas. Besteiro se quedó en el vagón esperando la salida. Recurrimos de nuevo al autor. “En aquel ambiente de aventura sólo nos faltaba un elemento para sentirnos felices: la cerveza... Dada su escasez, estaba reservada, seguramente, para ciertos jerarcas y era inútil insistir a unos camareros que se sabían el disco de memoria: ‘no hay’. El disco se fue repitiendo hasta llegar al mostrador alguien que pensó: estos tíos nos han tomado por unos curas vulgares y del régimen... ¡Oiga! somos unos curas presos. Con nosotros viaja don Julián Besteiro. ¿No podían darnos una cerveza para él? Ni el ‘Sésamo ábrete’ de Alí Babá hubiera superado en eficacia a semejante talismán, como por arte de magia, los camareros se liaron a cometer delitos de ‘auxilio a la rebelión’ y la cerveza corrió a caño libre para todos”. Merece especial mención las pp. dedicadas al Cardenal Segura. En las cuevas de Carmona que servían de cárcel inmundas, el Cardenal fue el primero en visitarlas. “Conocía y admiraba al Clero Vasco y, despreciando motivos y condenas, sólo le preocupaba la forma de sacarnos de aquel infecto agujero. Mientras tanto, puso a nuestra disposición su bolsa...”. Una vez libres los seis sacerdotes que le adjudicaron los colocó en puestos de responsabilidad. Más adelante, durante la misión a escala diocesana “reservó su palacio para un grupo de misioneros vascos. Antes de tomar la primera sopa les hizo oír, como entremés, un disco con el Himno Vasco, el ‘Gora ta Gora’... Es más cuando, después de la emisión de Radio Nacional, comenzaban a sonar los himnos de rigor, su hermano Emilio cerró el aparato diciendo: ‘En esta casa están prohibidos’”. Y terminamos, felicitando al autor por su testimonio que enriquece la literatura histórica de la guerra 1936. Los tiempos de la Odisea de don Julio Ugarte son cinco: Guerra, Prisión, Confinamiento, Resistencia y Exilio.

Edición Itxaropena. Zarautz, 1987.

Mariano Estornés Lasa